



una visión de fe de la realidad

prot. n. 00330/06

carta circular 26

(sexta y última parte de una serie)

“Observa, considera, contempla, con deseos de imitarlo, ¡oh reina nobilísima! a tu Esposo”.

(2Cart de Clara a santa Inés, 4)

“El camino de los primeros Capuchinos hacia la periferia fue también el camino... para tener una visión más amplia de la realidad, contemplada a partir de Dios y desde los pobres” (VII CPO 31).

*A todas las hermanas
y a todos los hermanos
de la Orden*

Queridas hermanas y queridos hermanos,

1.1 Nuestro Dios, uno y trino es relacional, se inclina para abrazarnos a nosotros y a toda la creación con humilde amor, que se dona a sí mismo, este es el fundamento de nuestra pobreza y minoridad. Siguiendo a Francisco, somos empujados a contemplar a Cristo que se vacía a sí mismo y se nos manifiesta en los pobres (cfr VII CPO 2, 3). Siguiendo a Francisco, somos conducidos a ponernos en contacto con aquellos a los que la Iglesia no llega. El camino hacia la periferia de la sociedad es algo más que una transformación sociológica. El esfuerzo por alcanzar a los que están en la periferia de la Iglesia es algo más que un nuevo plan pastoral. El pobre y el extranjero esperan y exigen de nosotros una **nueva visión de fe**.

1.2 El primer capítulo de Marcos pone de manifiesto el “lugar desierto” en la misión de Jesús. El lugar desierto es símbolo de la identificación de Jesús con los excluidos y de su servicio hacia ellos: *“Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: ‘Si quieres, puedes limpiarme’”* (Mc 1, 40). ¿Por qué Marcos subraya el acto de arrodillarse? Ciertamente, era un gesto interrogante. El texto afirma que el leproso “le suplicaba”. Sin embargo, el leproso se arrodilló también para asegurarse de que su sombra no contaminase a Jesús. Ello constituía el extremo y cruel signo de su total exclusión

de la sociedad: *“El afectado por la lepra llevará la ropa rasgada y desgredada la cabeza, se tapaná hasta la boca e irá gritando: ‘¡Impuro, impuro!’... y vivirá aislado; fuera del campamento tendrá su morada”* (Lv 13, 45-46). Marcos percibe la compasión que hay en el encuentro: *“Compadecido, (Jesús) extendió la mano, le tocó y le dijo: ‘Quiero, queda limpio!’”* (Mc 1, 41). Para volver puro al leproso, Jesús incurre en la impureza ritual. Para llevar al leproso “dentro del campamento”, reintegrándolo en la sociedad y en su familia, Jesús salió “fuera del campamento”: *“...Jesús no podía presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se quedaba a las afueras, en lugares solitarios”* (Mc 1, 45).

La periferia, “fuera del campamento”, se ha puesto de relieve en el VII CPO como un signo de nuestra identificación con los pobres y como constante desafío a nuestro servicio: “El encuentro con este hombre abandonado y excluido de la sociedad y del sistema de su tiempo, hizo sí que ‘saliese’ del siglo y cambiase su condición social y su residencia, emigrando del centro a la periferia de Rivotorto y de Santa María de los Ángeles” (Prop. 3). Y la misma proposición invita con fuerza a la Orden a “realizar progresivamente (es decir, a través de pequeños pasos) un desplazamiento “significativo” hacia la periferia de nuestra sociedad actual, donde queremos plantar nuestras tiendas entre los menores de hoy como lo hicieron en su tiempo Jesús, San Francisco y los primeros capuchinos” (VII CPO, 3). Esto constituye un componente esencial de nuestra minoridad.

1.3 El primer capítulo de Marcos da importancia aún a otros aspectos de lugares desiertos. Jesús marchó al desierto para ser bautizado por Juan Bautista y para recibir su misión del Padre (cfr Mc 1, 9-11). Jesús fue al desierto para ser tentado y dar una orientación a su misión rechazando una misión basada en el poder que domina y en la riqueza (Mc 1, 12-13). Al describir un día típico de la vida de Jesús durante su ministerio, Marcos escribe: *“De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración”* (Mc 1, 35).

Esta dimensión del desierto, de la periferia, tiene una fuerte resonancia en el VII CPO:

“El camino de los primeros capuchinos hacia la periferia fue también el camino hacia la contemplación y el silencio abierto al mundo. El eremitorio, que para los primeros capuchinos siempre se situaba en los confines de la ciudad, no es el lugar para desviar la mirada, sino para tener **una visión más amplia de la realidad**, contemplada a partir de Dios y desde los pobres” (VII CPO, 31).

Como en la vida de san Francisco hubo una relación recíproca entre su experiencia del leproso y su experiencia del Crucifijo, así entre los primeros Capuchinos hubo una recíproca relación entre el eremitorio y las víctimas de la peste, entre la contemplación y los pobres. Vemos la cosa aún más claramente en santa Clara. Escribiendo a santa Inés de Praga, le dice: *“Observa, considera, contempla, con deseos de imitarlo, joh reina nobilísima! a tu Esposo”* (2 Cart de Clara a santa Inés, 4). Para santa Clara el deseo de imitar no va separado del mirar, considerar o contemplar, como si esto fuese una **consecuencia** de la oración. Sin embargo, ella ve la acción de imitar como una dimensión esencial del proceso de su oración que tiene como cuatro momentos. Para Clara, la oración no es nunca estéril. Una oración que no tiene como resultado la “imitación”, no es oración. En consecuencia, el eremitorio, símbolo de la contemplación capuchina, “no es el lugar para desviar la mirada, sino para tener *una visión más amplia de la realidad*”. Para que sea una visión auténticamente contemplativa de la realidad, se necesita **una visión de fe manifestada en el compromiso de la acción**. La recuperación de

esta dimensión de nuestro carisma es necesaria, si la Orden debe participar plenamente en la evangelización de nuestro mundo.

Retos de la evangelización

2.1 “Secularización” originariamente fue el término aplicado a un movimiento surgido en la Europa del siglo diecinueve, por el cual las propiedades eclesiásticas venían confiscadas y “secularizadas”, la mayoría de las veces por parte del Estado. Durante este periodo muchas de nuestras Provincias europeas perdieron sus conventos. En el siglo veinte, el término se amplió para indicar la exclusión de la religión, especialmente de la religión organizada, de todos los niveles de influencia política y social. Junto con el neto abandono de la religión, el secularismo ha dado origen a religiones seculares, como la New Age. También ha dado gran fuerza a las religiones evangélicas no organizadas y a las sectas, que proclaman la autorealización. El punto central del secularismo es la liberación, esto es la autonomía de la persona humana. Esta autonomía conduce al individualismo y a una alienación de la persona humana caracterizada por el aislamiento y por relaciones rotas. La acentuación del individuo difunde semillas sospechosas no sólo respecto a las estructuras de la religión, sino a todas las estructuras humanas, que con frecuencia se ven como impedimento para la autonomía del individuo. Esta búsqueda secular de la total autonomía del individuo conduce no a la libertad sino al aislamiento (cfr VII CPO, 4).

2.2 El secularismo pone plena confianza en sus tecnologías como principales instrumentos de la liberación humana. Las tecnologías, producidas por nuestro propio genio, contienen en si mismas todo lo que es necesario realizar para la plena autonomía humana. Dios no es necesario. Nosotros somos “omnipotentes”. La religión queda relegada al reino de los mitos personales. Esto ha dado origen a un segundo importante fenómeno peculiar a las sociedades occidentales, pero que luego influye sobre todo el mundo, esto es a la era post-cristiana, en la que nuestros valores humanos fundamentales, como la libertad, el respeto de la persona, la compasión hacia los oprimidos, la paz y la justicia, quedan separados de sus fundamentos cristianos,

Un mundo autónomo sin necesidad de Dios

Un mundo post-cristiano

bíblicos y religiosos. Este mundo busca un nuevo humanismo sin referencia alguna a Dios. La secularización y la post-cristiandad provocan fuertes reacciones, incluso el fundamentalismo, en el que creencias religiosas particulares se convierten en absolutas y llegan a defenderse incluso con la violencia.

*Desplazamiento
de los pueblos*

2.3 Conmociones políticas y cambios económicos globales continúan produciendo decenas de millones de refugiados políticos y económicos. Los parados y los mal empleados constituyen un aspecto típico permanente de la economía global. La periferia de todas las grandes ciudades del mundo es morada de decenas de

tienen acceso cuatrocientos dieciséis millones de las personas más pobres. El hiperconsumismo, otro elemento de la economía globalizada, no hace sino aumentar la rabia y la frustración de estos innumerables millones de personas con desventajas, que viven, excluidas, en la periferia. Viviendo codo con codo con una economía de la abundancia, bombardeados por las ilusiones de la moderna publicidad, no tienen luego derecho alguno a participar. Mientras la globalización de la economía lleva a muchos ventajas, rompe, sin embargo, las relaciones de solidaridad y de lealtad, que han unido a los obreros y empresarios durante toda la vida. Y debilita también los movimientos obreros. En todas las sociedades



miles y, a veces, de millones de personas, que constituyen una subclase permanente, privada de toda razonable esperanza de poder escapar a la propia condición económica y social. Excluidos de los beneficios de la economía global, viven enajenados de las propias raíces familiares y culturales. Se convierten así en su propio país o, en otros lugares, en huéspedes desagradables.

*Enorme
inseguridad*

2.4 En el secularismo la economía garantiza en definitiva su finalidad, esto es la plena autonomía humana. Pero ello revela una intrínseca contradicción. El secularismo está basado sobre una economía de avaricia, que acepta el paro y el subempleo como elemento permanente, volviendo así necesaria la inferioridad de millones de personas. El secularismo no puede alcanzar su fin más amplio. Además, la negación del secularismo de la importancia de Dios da origen a la revuelta violenta fundamentalista entre millones de pobres, que se agarran a Dios como su única esperanza en un mundo de desigualdad. Durante la reciente Asamblea de JPE en Puerto Alegre se ha citado una estadística, según la cual las quinientas personas más ricas de la tierra poseen y controlan recursos iguales a los que

los obreros viven la ansiedad y la inseguridad del aislamiento de los compañeros de trabajo y de los miembros de la sociedad. La "recaída" del secularismo y de la economía global es un cambio muy duro de las relaciones humanas, componente fundamental de lo que significa ser imagen y reflejo del Dios uno y trino. Todo esto va en un aumento progresivo de inseguridad y de violencia.

2.5 Este rápido elenco de algunas de las realidades negativas del mundo en el que vivimos no trata de describir un cuadro completo. Sirve simplemente para poner de relieve algunos de los desafíos con los que se encuentra de frente una fraternidad comprometida en la proclamación de la Palabra salvífica de Dios. Al mismo tiempo, las complejidades de este mundo nos hacen comprender que el reto de la nueva evangelización requiere mucho más que un simple plan de acción, de un nuevo plan pastoral. La nueva evangelización es la proclamación de un nuevo humanismo cristiano de relaciones redimidas, las cuales brotan del Dios uno y trino, que se inclina para abrazarnos con humilde amor lleno de compasión. La re-evangelización de nuestro mundo no vendrá

de una gran estrategia de nuestra Orden, de nuestros obispos o incluso del Papa Benedicto XVI. Precisamente como el Evangelio entró al inicio en Europa por medio del Espíritu Santo (cfr Act 16, 13-16), así el Espíritu Santo está ya activo en nuestro mundo secularizado, post-cristiano, mundo de exclusión y de violencia, y está abriendo los corazones a nuevas relaciones basadas en la frescura del Evangelio.

El nuevo movimiento del Espíritu se reconoce por una actitud penitencial, humilde, llena de fe, de confiada esperanza. Nos conmueve incluso el testimonio de Juan Pablo II:

“Desde hace más de medio siglo, cada día... mis ojos se han fijado en la hostia y el cáliz en los que, en cierto modo, el tiempo y el espacio se han ‘concentrado’ y se ha representado de manera viviente el drama del Gólgota, desvelando su misteriosa ‘contemporaneidad’. Cada día, mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino Caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza (cf. Lc 24, 3.35).” (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 59).

En este contexto nosotros percibimos la urgencia de la recomendación del VII CPO: “Es esencial desarrollar una mirada contemplativa, especialmente a través del ejercicio comunitario de la oración silenciosa” (Prop. 31). La tradición capuchina del eremitorio es la tradición de la oración personal y de la meditación. No podemos construir fraternidades dotadas de visión espiritual sobre hermanos que son espiritualmente superficiales. Imaginemos la fuerza espiritual que se hubiera generado si cada uno de nosotros se comprometiese individualmente en nuestra tradición de oración personal. Nuestra relación personal con Dios da subsistencia a nuestra oración común, profundidad a nuestras relaciones fraternas y orientación a nuestra misión. Así como la oración personal ha sido objeto de la carta circular n. 18, deseo ahora detenerme en la dimensión comunitaria, fraterna, de este reto.

Un Dios humilde que se inclina para abrazarnos

3.1 “El dirigirse del Padre hacia el Hijo es la humildad del Padre. La humildad no es una cualidad de Dios, es la esencia de Dios como amor”.¹ Según san Buenaventura, el mismo abrazo del Padre que llega hasta el Hijo, nos llega también a nosotros. Como Jesús es la Palabra del Padre, también cada uno de nosotros es una “pequeña palabra” del Padre. Además, Dios se inclina para abrazar con humildad a toda la creación. La creación misma es una palabra del Padre. En la visión franciscana, la Encarnación ha acaecido no a causa del pecado, sino por causa del amor abundante, rebosante y humilde de Dios. Sobre la cruz este humilde amor llega a abrazar nuestra humanidad llegando hasta el abismo del pecado y de la alienación, alcanzada en la trama de la violencia, de la traición y de las relaciones destrozadas. La cruz es el signo infalible plantado en la historia, que indica como ninguna expresión como nuestra humanidad ha sido alienada o separada del amor redentor de Dios. Miramos a Jesús para comprender qué significa contemplar la realidad desde el punto de vista de Dios.

3.2 En su homilía de la Fiesta de la Anunciación el Papa Benedicto ha hecho notar que el Ángel Gabriel se dirige a la Virgen no como “María”, el nombre con el que es llamada en la sociedad humana, sino con el nombre con el que ella viene llamada por el Padre es: “*llena de gracia*” (Lc 1, 28). Del mismo modo, Jesús saluda a la mujer samaritana en el pozo de Jacob no como ella era conocida en Sicar – amante de cinco hombres – sino como ella era conocida por el Padre, una persona que deseaba la fuente de agua viva. Para llegar al auténtico deseo de su corazón para nuevas y redimidas relaciones, Jesús se abre un paso a través de los estrados del sexismo y del prejuicio étnico: “¿Cómo tu, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?” (Jn 4, 9). Jesús va más allá de su superficialidad religiosa: “Dios es espíritu, y sus adoradores deben adorarlo en espíritu y en verdad” (Jn 4, 24). Jesús afronta la superficialidad de sus relaciones humanas: “Has dicho bien que ‘No tienes marido’... porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es tu marido” (Jn 4, 17). Su mirada penetrante, contemplativa, va al corazón

“Dame de esa agua...”
(Jn 4, 15)

¹ Delio Elia, OFS, *The Humility of God: A Franciscan Perspective*, St. Anthony Messenger Press, 2005, p. 42.

de su deseo: “*Dame de esa agua...*” (Jn 4, 15) y purifica tal deseo de relación redimida con Dios y con la humanidad.

Todas las circunstancias indican la humildad del encuentro. Jesús espera a la mujer. “*Jesús, cansado del viaje, se sentó junto al pozo*” (Jn 4, 6). Tener paciencia con los demás es expresión de humildad. Él escoge para encontrarla el pozo de Jacob, un lugar “fuera del campamento” – fuera de la ciudad para la mujer, pero lugar extranjero para un judío. Sin embargo, es un lugar donde judíos y samaritanos pueden dialogar, un lugar para los dos rico de tradición religiosa. La humildad no se impone. Jesús inicia el diálogo desde una posición de vulnerabilidad, haciéndose depender de la mujer: “*Dame de beber*” (Jn 4, 7). Y durante el diálogo Jesús empuja a la mujer a abrirse y a verlo bajo una luz nueva: “*Sé que debe venir el Mesías*” (Jn 4, 25). Jesús responde: “*Soy yo, el que habla contigo*” (Jn 4, 26).

Esta es cada año la experiencia de millones de emigrantes políticos y económicos, que dejan sus pueblos ancestrales en busca de una nueva vida en la ciudad. Pero nunca llegan. Terminan en la periferia de nuestras modernas ciudades, víctimas de la violencia y de la explotación. El buen samaritano es algo más que aquel que da una mano al desafortunado vecino. Es el que se toma responsabilidad de él: “*Le vendó las heridas... lo cargó sobre su propia cabalgadura... y cuidó de él*” (Lc 10, 34). Sin embargo, el centro de esta parábola no es el buen samaritano: es el doctor de la ley.

“*Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?*” (Lc 10, 25). Jesús desafía la visión mundana del doctor de la ley, al que la misma religión ha cerrado el corazón dentro de los estrechos límites del propio interés: “*¿Quién de estos... fue prójimo?*” (Lc 10, 36). Jesús suscita una respuesta inesperada por parte del doctor de la ley: “*El que*



Después del evento de la Anunciación, después de haber recibido el abrazo del humilde amor del Padre, “*María se puso en camino ... con prisa...*” para encontrar a su prima Isabel (cfr Lc 1, 39). De modo semejante, la mujer samaritana se aleja después del coloquio con Jesús para encontrar a la gente de su ciudad de un modo del todo nuevo, convirtiéndose en una fuerza de fe y de comunión. La mujer encuentra al pobre y humilde Cristo “fuera del campamento”. Jesús la acompaña detrás “al interior del campamento” para que acoja a sus vecinos de un modo nuevo y más profundo. La mirada penetrante, contemplativa de Dios toca el centro del deseo humano de relación (después de todo, nosotros hemos sido creados a imagen de un Dios relacional) y suscita una novedad que parecía imposible.

3.3 “*Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores*” (Lc 10, 30).

tuvo compasión de él” (Lc 10, 37). La compasión edifica la comunión en un mundo de violencia y de alienación. Jesús lo envía a esta nueva misión: “*Ve y haz tu lo mismo*” (Lc 10, 37).

4.1 El ejemplo de Jesús habla a nuestra experiencia de proclamar la Palabra salvífica de Dios a un mundo secularizado, que es mundo de superficialidad religiosa, de alienación y de violencia. Cuando miramos a nuestros prójimos con los ojos del Padre, entonces tocamos la profundidad del deseo humano de relación y de amor. Y esto requiere la profundidad espiritual que nosotros encontramos en nuestra tradición franciscana de fe. Todos los capítulos de nuestras actuales Constituciones tienen una introducción semejante, con una serie de reflexiones sobre Cristo, la Iglesia, san Francisco y nuestra tradición capuchina, que nos llevan a conclusiones para nuestra vida de hoy. La Comisión precapitular, que presentará un nuevo

*Profundidad
y visión
espiritual*

“*¿Quién de
estos... fue
prójimo?*”
(Lc 10, 36)

documento de trabajo sobre las Constituciones al próximo Capítulo general, ha añadido también otro nivel, el de la dimensión trinitaria. Partiendo de la Santa Trinidad, de Jesús, de la Iglesia, de san Francisco y de nuestra tradición capuchina, seremos conducidos a contemplar la realidad de nuestra vida de hoy. Hagámoslo de manera que la profundidad espiritual de nuestras Constituciones pase a nuestra vida. ¿Qué puede suceder en el mundo si cada capítulo local y provincial, si cada encuentro pastoral que tenga que ver con nuestros compromisos, inicia con esta profunda visión de fe? No hace falta una gran profundidad espiritual para darse cuenta y describir la ausencia de Dios en nuestro mundo. Nuestros periódicos y las noticias de la TV lo proclaman. Hace falta, sin embargo, profundidad espiritual para darse cuenta de la **presencia de Dios**. Nuestro Dios uno y trino es un Dios relacional. Donde está presente Dios, la alienación cede a la solidaridad, el aislamiento a la fraternidad.

4.2 “La oración a Dios, como respiración de amor, comienza con la moción del Espíritu Santo, por la que el hombre se pone interiormente a la escucha de la voz de Dios que habla al corazón” (Const 45, 1).

La oración no nos aleja del mundo. Nos inserta, sin embargo, en el mundo a un nivel más profundo de la realidad. La oración nos hace conscientes del movimiento penetrante del Espíritu Santo en nuestra vida personal y en la de nuestras fraternidades y de nuestro mundo. Por lo que, cada capítulo, todo encuentro pastoral puede convertirse en un momento de “vida eremítica”, un momento de fe, donde nosotros conscientes busquemos el “adquirir una visión más amplia de la realidad, contemplada a partir de Dios y de los pobres” (Prop. 31). Santa Clara nos puede guiar: “*Observa, considera, contempla, con deseos de imitarlo... ¡oh reina nobilísima! a tu Esposo*”. (2Cart de Clara a santa Inés, 4). Fue precisamente este proceso de oración que tiene cuatro momentos lo que cambió la relación de Clara y de sus hermanas con la gente de los alrededores de su claustro. Contemplando la imagen de Cristo, pobre y humilde, en los pobres que vivían cerca de su monasterio, Clara y sus hermanas insistieron sobre el “privilegio de la pobreza”, que excluye a las hermanas de todo tipo de dominio sobre los arrendamientos y sus siervos, que eran parte esencial de la

economía de cada monasterio medioeval de mujeres. Mirar... considerar... contemplar... imitar... nos ofrece un instrumento pastoral, no sólo una práctica de oración ascética: “El hermano menor es el que contempla sobre todo a un Dios que se hace menor en el pesebre, en la cruz y en la Eucaristía” (Prop. 31).

5.1 Lo que consideramos en la oración mental debe ser aceptado y celebrado en la Eucaristía. En todo el *Documento de trabajo* del reciente Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía existen repetidas referencias al problema de cómo establecer un lazo vital entre el *mysterium fidei* y la realidad de la vida humana. Muy frecuente esta preocupación viene expresada subrayando la ausencia de la devoción eucarística, la reducida frecuencia a la Misa festiva y la dicotomía entre la práctica de la fe y la vida moral. La Eucaristía forma una comunidad de fe. Los Obispos de la Iglesia piden insistentemente a los fieles cristianos y especialmente a los seguidores de san Francisco hacer realidad nuestra lo que celebramos. El mismo documento de trabajo afirma: “La Eucaristía es una manera de ser, que pasa de Jesús a cada cristiano, y que a través del testimonio exige ser difundido en la sociedad y en la cultura” (n. 78).

*La Eucaristía,
una manera de
ser...*

5.2 Nos lo pide la simplicidad con la que Francisco considera el misterio eucarístico. Pone en relación la celebración eucarística y la Encarnación: “*Ved que diariamente se humilla, como cuando desde el trono real descendió al seno de la Virgen; diariamente viene a nosotros El mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote*” (Am I, 16-18). Francisco elabora una impresionante analogía entre la bajada de Jesús al seno de la Virgen María y la bajada al altar durante la Misa.

Para Francisco el sacramento de la Eucaristía es una fuente de luz que impregna toda la realidad, de manera que *cada cosa adquiere dimensión sacramental*. Todo acontecimiento tiene carácter de signo, en el que Dios se nos comunica y se dirige a nosotros. Sobre la base del sacramento, en el que el misterio de Dios se percibe como presente en el pan y en el vino, la plena realidad de las cosas tal y como ellas son se convierten en un signo, en el que reconocer el misterio de Cristo que se dirige a nosotros para ser reconocido, hospedado y testimoniado:

“Como Cristo pobre continúa su camino unitivo entre las criaturas bajo las humildes especies eucarísticas de pan y vino (cfr Am I), así nosotros, a través de las aguas del Bautismo, nos convertimos en Cristo (cfr 1 Cor 12,12-13. 27), caminando por la tierra con la misión divina de curar, reconciliar, liberar y redimir” (VII CPO 2a).

5.3 Como fraternidad actuemos de modo que Francisco nos ayude a re-descubrir la profunda unión entre el misterio eucarístico y los acontecimientos de la vida de cada día, comenzando por las relaciones fraternas y alargándose hasta abrazar toda la creación.

“¡Oh sublime humildad, oh humilde sublimidad: que el Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan! Mirad, hermanos, la humildad de Dios, y derramad ante él vuestros corazones”. (CtaO, 27-28).

La Eucaristía es para nosotros el lugar que restaura las relaciones redimidas, el lugar donde comulgamos con el Dios uno y trino, “Comunidad en el amor”: *“Mirad, hermanos, la humildad de Dios, y derramad ante él vuestros corazones”*. La Eucaristía nos empuja a formar relaciones fraternas en la Iglesia, en la sociedad y con la creación entera. Trabajar para la promoción de una auténtica fraternidad de paz entre la gente y para la protección de la creación nos anima a reconocer en la Eucaristía el único y adecuado fundamento para nuestra vida y nuestra acción. Pueda el Espíritu de Dios y su santa operación ayudarnos cada día a ponernos con temor reverencial delante de la humildad de Dios, que cada día viene a encontrarnos en el sacramento de su cuerpo y de su sangre. Pueda el poder del Paráclito hacernos miembros vivos de su cuerpo y pueda nuestra vida ser cada vez más eucarística, en el respeto y en la acogida de toda criatura viviente, uniéndonos a toda la creación en su inmenso coro de alabanzas a Dios, que es Uno y Trino, en Cristo nuestro Señor y hermano.



Conclusión

6.1 El Primer Libro de los Reyes habla de una sequía que duró tres años, durante los cuales ninguna lluvia, ni siquiera rocío, cayó sobre la tierra de Israel. *“Elías subía a la cima del Carmelo, y se encorvó hacia tierra, con el rostro entre las rodillas”* (1Re 18, 42). El profeta dijo a su criado que subiera al punto más alto, que mirara hacia el mar y le refiriera lo que veía. Cada vez que miraba el criado refería: *“No hay nada”*. A la séptima dijo: *“Aparece una nubecilla como la palma de una mano que sube del mar”* (1Re 18, 44). Elías dijo a su criado que corriera a decir al rey que se marchara rápido antes de que la lluvia se lo impidiera. Para el profeta la cuestión no era en modo alguno **si** el Señor mandaba la lluvia, sino **cuándo** el Señor habría mandado la lluvia. Esta es la fe que debe animar una fraternidad que tiene fe. Como Elías en el monte Carmelo,

como nuestros primeros hermanos capuchinos en sus eremitorios, la moderna fraternidad capuchina es enviada a mirar hacia el mundo con los mismos ojos de fe, confiada en que el humilde amor de Dios llega a abrazar incluso a un mundo de violencia, incluso a un mundo que arrogantemente cree que Dios haya sido sustituido por sus propias tecnologías. Puedan los ojos de nuestra fe reconocer las nubecillas, pequeñas *como una mano de hombre*, que surgen del mar de nuestra humanidad y que son el signo del acontecimiento del humilde Amor en el mundo.

Fraternalmente,

fr. John Corriveau
Ministro general

30 de abril del 2006
Tercer Domingo de Pascua

